

El abismo de Eros

NEFELIBATA



MATTEO NUCCI

El abismo de Eros

Seducción

Traducción de Oriol Sánchez Vaqué



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

Título original: *L'abisso di Eros*

© 2018, Adriano Salani Editore s.u.r.l. Milán

© de la traducción, 2020 por Oriol Sánchez Vaqué

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17761-55-4

Código IBIC: DN

DL B 6.998-2020

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona, 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Mara y Francesco
Amor sin fin

No ama quien no ama para siempre.

EURÍPIDES, *Las troyanas*, 1051

Nota del autor. Siguiendo una tradición consolidada, escribo *Eros* con la mayúscula del nombre propio cuando hablo del dios; en los demás casos, *eros* remite a la tensión presente en el espíritu humano que en la actualidad solemos llamar *amor*.

En cuanto a la transliteración de las palabras griegas, he optado por facilitar al máximo la lectura no indicando las vocales largas, sino utilizando siempre el acento agudo y poniendo en los diptongos el acento en la primera vocal, a diferencia de lo que sucede normalmente en griego.

El amor sin fin

Cuando dejó de hablar, un silencio inaudito se abatió sobre el Cerámico. La muchedumbre que llenaba la vía de las sepulturas delante de la puerta Sagrada y del Dípilon permaneció inmóvil. Los ojos bien abiertos y en parte humedecidos por las lágrimas parecían estar todavía a la espera de una señal. Entonces el hombre, solo encima de la tribuna, lentamente extrajo el brazo de la túnica bajo la cual lo había tenido durante más de una hora, alzó la mano y esbozó un saludo. Fue en aquel momento cuando la inmensa multitud pareció agitarse a la vez. Quien se sentaba junto al escenario contó luego que había tenido la impresión de encontrarse ante el mar oscuro, el negro mar vinoso, cuando un día de invierno lo recorre una corriente fugaz. Sin embargo no había sido nada fugaz la agitación de los cuerpos. Todo, en efecto, en aquel momento, parecía repentinamente cambiado. El viento frío que se había desatado por la mañana y había soplado enfurecido desde las alturas del Pentélico había amainado, el gorgoteo del Eridano que discurría por entre las estelas funerarias resonaba claro como nunca antes en aquellos días, y hombres y mujeres, a miles, permanecían en sus sitios, casi extasiados, como si las últimas palabras del caudillo fueran las únicas a las que hubiesen decidido no responder. «Ahora, tras llorar lo suficiente cada cual a su propio familiar, volved a vuestras casas», había dicho Pericles mientras impasible concluía un discurso destinado a la eternidad. Ahora, el caudillo se abría paso entre rostros atónitos. Los dignatarios que lo habían invitado a pronunciar el epitafio por los caídos de aquel primer año de guerra contra Esparta lo observaron mientras pasa-

ba entre ellos sin que le traicionara ninguna emoción. Era evidente para todos que invitar a Pericles a subir a la tribuna tras aquel primer año de una guerra que se preveía dramática significaba plantearle un reto durísimo. Apaciguar el ánimo de las familias en luto, a menudo exacerbado por la rabia hacia quien había instigado la contienda, parecía una empresa imposible. Pero, acostumbrado a los grandes retos, el hombre que desde hacía treinta años marcaba la política de Atenas no se había echado atrás. Lo había aceptado agradeciendo el honor y ahora su triunfo estaba a la vista de todos.

Todo había salido según sus planes aquella mañana de diciembre. A diferencia de lo que cualquiera podía esperarse, Pericles había llegado solo al Cerámico, el barrio de los alfareros donde desde hacía años se daba sepultura a los hombres más ilustres y a los caídos en la guerra. Y sobre todo había llegado por el exterior de la muralla, como si estuviera recorriendo el camino que entraba a la ciudad por la Academia. De este modo se había encontrado inmerso en la muchedumbre avanzando a paso lento y solemne con el rostro imperturbable. Nadie había osado abuchearlo. Sorprendidos y casi desconcertados por el coraje con el que aquel a quien consideraban el principal responsable de la guerra se abría paso entre los familiares de los caídos, hombres y mujeres lo habían observado con admiración y reconocimiento. Alguno incluso le había solicitado una especie de saludo fraterno, pero Pericles no había cedido a la fácil retórica de los abrazos y se había limitado a cerrar los ojos durante un largo rato. A su paso, la multitud se había abierto como un abanico. La tierra recién echada sobre las sepulturas distribuidas según las circunscripciones del Ática todavía mostraba, aquí y allá, los colores de los tapices que habían sido enterrados junto a los lechos vacíos, como era costumbre para homenajear también a los desaparecidos. Pericles había observado todo aquello sin que lo traicionara la emoción y finalmente había subido a la tribuna que dos días antes habían montado junto a la muralla de la ciudad. Y luego había comenzado a hablar.

Empezó por los antiguos, por los antepasados, para hablar de la grandeza de los ideales que la ciudad había abanderado contra la enemiga Esparta. «Tenemos una constitución que no emula las leyes de los vecinos –pronunció claramente–. Porque nosotros, más que imitadores, somos para los demás un ejemplo. Y puesto que esta constitución está concebida de modo que los derechos civiles atañan no a pocas personas, sino a la mayoría, la llamamos democracia». Como orador consumado que era, calló el tiempo suficiente para dejar resonar aquella frase perfecta y luego explicó la importancia de la idea de que la realización personal pudiera pasar por las propias habilidades y no por la clase de origen y las riquezas que poseíamos casualmente al nacer. Exaltó la fuerza militar de la ciudad y la audacia de los atenienses, fundada no tanto en el esfuerzo como en el deseo de vivir la vida según un ideal preciso. Entonces se detuvo de nuevo y dijo: «Amamos lo bello, pero con sencillez, y amamos el saber, pero sin debilidad. Reunimos en nosotros el cuidado de los asuntos públicos junto al de los asuntos privados y, aunque nos dediquemos a otras actividades, no falta en nosotros el conocimiento del interés público. Somos los únicos, en efecto, en considerar no tanto ocioso sino inútil a quien no se interesa por estos». Alguien gritó. No quedaba claro si se trataba de un asentimiento o una crítica. Pero Pericles no se descompuso. Buscó los ojos de los ciudadanos que escuchaban en las primeras filas y dejó que los suyos propios se disolvieran en los de ellos. Así evitó sonreír. Pero se sintió repentinamente fuerte y lleno de energías como el Eridano, que fluía centelleando argénteo entre las zarzas decrepitas del invierno, crecido por las lluvias caídas los días anteriores. Y así empezó a fluir también Pericles sobre sus mismas palabras y dijo en un tono vibrante que Atenas era la escuela de toda la Hélade y que solo a sus ciudadanos les embargaba un auténtico amor por la ciudad, hasta el punto de desear para esta los mayores bienes, es decir, ante todo, su salvación, anteponiendo los intereses comunes a los privados. Por eso los muertos de aquel primer año de guerra, al ofrecer sus vidas por el interés general, empujados por la más poderosa de las pasiones humanas: el amor, merecían

una alabanza eterna e ilustres sepulturas, es decir, no solo la tierra del Cerámico, sino la fama inolvidable de quien ha vivido por la mejor ciudad y la más amada. «Ahora, tras llorar lo suficiente cada cual a su propio familiar, volved a vuestras casas». Así habló al final. Luego bajó la cabeza en señal de respeto, extrajo el brazo de la túnica, se despidió y bajó de la tribuna.

Todo parecía haber terminado por aquel día extraordinario. Pero fue precisamente mientras los atenienses se resistían a abandonar sus posiciones y Pericles se alejaba –siempre en solitario– por el camino de vuelta, que un hombre se le acercó gritando: «¡Corre a felicitar a tu mujer! Bésala una tercera vez por hoy. Y brindad por vuestro éxito. Tú y tu Aspasia, tu Helena, nuestra Helena, nuestra furcia». Pericles fingió no haberlo oído. Siguió adelante con la habitual sobriedad del paso que a menudo exhibía frente a otros insultos y dejó detrás de él al hombre retenido por los guardias. No obstante, aunque había mantenido una medida extraordinaria y el episodio solo había durado unas pocas décimas de segundo, empezó a correr la voz por toda Atenas. El suceso dio la vuelta a todas las tabernas y las casas particulares. Y comenzó a difundirse un poco por toda la ciudad una idea que casi nadie se sentía con fuerzas de desaprobar. Había sido Aspasia quien había escrito el discurso para Pericles. La mujer de Mileto que muchos consideraban casi una prostituta, tal había sido su poder de seducción sobre el caudillo, embriujándole con sus artes eróticas. Había sido ella la artífice de aquel discurso y Pericles había obedecido como un buen alumno dispuesto a todo para complacer a la maestra, de cuyos poderes mágicos está convencido. De hecho, ya hacía años que se reían de él y del amor que profesaba por aquella mujer de extraña belleza, de rostro de rasgos irregulares, de un modo de hablar excéntrico, de una autoridad delicada. Los comediógrafos habían puesto en escena la historia a su manera. Las malas lenguas repetían que cada día Pericles volvía a casa por lo menos dos veces, a diferencia de lo que hacía anteriormente, para besar a su mujer. Y de todos era conocido el hecho de que, a costa de ir contra sus resoluciones anteriores, Pericles estaba moviendo cielo

y tierra para conceder al hijo engendrado con Aspasia la ciudadanía ateniense, a pesar de haber nacido de madre extranjera. Todos sabían que había perdido la cabeza el gran estadista. Y que una especie de voluptuosidad irreprimible le había enredado desde el día en que había sido seducido por aquella mujer fatal. Por otra parte, también Sócrates, el extraño filósofo que rondaba continuamente en búsqueda de jóvenes apuestos a los que codiciar, había empezado a frecuentar a Aspasia para entender algo más sobre el funcionamiento del amor, aquella tensión presente en el espíritu humano llamada como el ambiguo y oscuro dios de los orígenes: Eros. Pero ahora empezaron a decirse más cosas. Aspasia no tan solo había enredado a Pericles, sino que también le había instruido en su habilidad retórica. Le escribía los discursos, lo preparaba en los movimientos austeros que debía exhibir, le mostraba la mejor manera de dominar el auditorio.

¿Qué era, de hecho, lo que hacía un hombre frente a una asamblea sino intentar seducirla? El gran orador que había sido siempre Pericles, desde que había conocido a Aspasia, se había convertido en un auténtico seductor. Un seductor implacable, dominado por la obsesión de suscitar amor, deseos irreprimibles, entre sus oyentes. Considerándolo bien, aquella mañana oscura de principios de diciembre, la estocada también había llegado al final y tenía que ver con eros. Primero, en efecto, Pericles había sorprendido al público, mal dispuesto contra quien había llevado Atenas a la guerra, con aquella entrada inesperada y triunfal. Luego había seducido a quienes lo escuchaban con sus palabras vibrantes sobre la grandeza de la ciudad modelo. Al final había exaltado a quien se enamora de la ciudad y cae precisamente por este amor y así permanece para siempre. El eros de Héctor y Aquiles en las grandes historias del pasado. El eros que domina a los seres humanos y les hace temblar las piernas. Aquel mismo eros como poder en la ciudad y para la ciudad. ¡Qué demonio Aspasia! ¡Qué demonio Pericles! Aquellos rumores estaban muy bien orquestados. Se empezó a decir que aquella entrada desconcertante y triunfal y aquel discurso tan extraordinario habían sido preparados durante

días y días en las pausas entre los apasionados abrazos que unían a Pericles y Aspasia y durante las interminables charlas eróticas que compartían en el lecho, después del amor, lejos de miradas indiscretas. Se empezó a decir que Pericles se había preparado el discurso desde hacía tiempo, incluso antes de que lo invitaran a hacerlo. Se dijo todo esto para corroborar de manera definitiva una idea. Como en la guerra que Atenas había desencadenado contra Samos nueve años atrás, una guerra fuertemente deseada por Aspasia para defender su Mileto, asimismo esta vez era la mujer quien había empujado a Pericles hacia la guerra, la mujer que siempre trae luchas, contiendas y guerras, la mujer que seduce con las sonrisas y así vence y domina y empuja a los hombres hacia la locura de la destrucción recíproca. Como Helena, la bellísima mujer que había llevado a los aqueos a imponer un largo asedio a la lejana Troya. Como Helena con Menelao, así era ahora Aspasia con Pericles. Excepto en el hecho de que no lo traicionaba. Se limitaba a traicionar a la ciudad. Era una historia sencilla de recordar y repetir la que en pocas semanas se difundió definitivamente. Atenas había acabado envuelta en una guerra inútil como la de los aqueos en Troya, una contienda que solo traería desdicha. Pocos fueron los que intentaron oponerse a las habladurías. Y quien se rebeló contra estas con más vehemencia tuvo sin embargo que rendirse cuando, a principios del verano, sucedieron hechos desconcertantes en la ciudad. Como al inicio de la Ilíada, también en Atenas, en efecto, empezó a difundirse una enfermedad contagiosa que parecía la señal de una condena divina. Una epidemia cada vez más dramática. Una enfermedad llamada peste. Troya se repetía de un modo idéntico. El eros de una mujer arruinaba generaciones de hombres. Helena se había reencarnado en Aspasia. Y Pericles era un nuevo Menelao. Pocos entendieron, en aquellos meses, por qué el estadista sentía placer escuchando la historia. Pero ahora pocos podían decir que conocían realmente la ciudad en la que Helena y Menelao se habían encontrado y traicionado antes de que su amor pudiera triunfar para siempre.

Grandeza de Esparta

«Si la ciudad de los lacedemonios fuera devastada y se salvaran solo los templos y los cimientos de los edificios, pienso que al cabo de mucho tiempo muy difícilmente los futuros habitantes podrían creer que su poder se correspondía con su fama». Cuando Tucídides, el mayor historiador griego, el fundador de la historiografía moderna, escribe estas palabras, estamos en los inicios de la guerra entre Atenas y Esparta, en los últimos treinta años del siglo v. El choque frontal entre las dos ciudades griegas más poderosas llega en el momento en que ambas antagonistas se encuentran en el punto culminante de su fuerza política, cultural y militar, luego el mismo momento que constituirá el inicio de su declive, prescindiendo del resultado de la guerra. Mientras Tucídides nos describe con su estilo áspero la paradójica desmesura entre la potencia de Esparta y su aspecto urbano, es perfectamente consciente del hecho de que la ciudad se encuentra en su apogeo igual que Atenas. Y, a pesar de todo, la inteligencia y la previsión del historiador y del viajero le permiten imaginar lo que acabará siendo, tras siglos de olvido y tras una devastación completa. De Atenas los descendientes imaginarán que tuvo el doble de potencia militar de la que en realidad tenía si, como de hecho sucede todavía hoy, se encuentran frente a la belleza del Partenón, la magnificencia de los demás templos, la grandeza bulliciosa del ágora, los edificios monumentales, las calles de la ciudad, las estelas funerarias del Cerámico. Esparta, en cambio, aparecerá como poca cosa: un insignificante montón de piedras, una realidad apagada de la que cuesta imaginar un pasado triunfal.

Si llegáis hoy a Esparta descendiendo por el norte del Peloponeso, no podréis evitar que resuenen las palabras de Tucídides como una especie de condena anunciada. ¿Qué quedó de la polis inexpugnable, de su poder arrollador, de sus tradiciones incorruptibles? Ni tan siquiera parece que los arquitectos modernos hayan logrado hacer revivir el espíritu antiguo. Cuando en 1834, Otón de Wittelsbach decidió emprender la reconstrucción de Gre-

cia partiendo precisamente de Atenas y Esparta, ambas ciudades eran un cúmulo de piedras habitadas por pocos millares de ciudadanos. Pero el joven bávaro de dieciocho años a quien las grandes potencias eligieron para gobernar la Grecia recién independizada (gestionándola como un protectorado, exactamente como se sigue haciendo en tiempos de la Troika) estaba impregnado de ideales históricos y artísticos y no creía que Nafplio (para los españoles Nauplia), la pequeña y bella ciudad peloponesia del golfo Argólico, pudiera seguir siendo durante mucho tiempo la capital. Imaginaba de nuevo a Atenas entronizada, y a Esparta haciendo esta vez de ciudad hermana, otra gran realidad metropolitana en el centro del Peloponeso. Las obras se emprendieron simultáneamente. Surgieron palacetes neoclásicos de la mano de grandes arquitectos centroeuropeos, tanto en la que se iba convirtiendo en capital, Atenas, como en la enemiga de antaño, Esparta. Aun así, Atenas era la Acrópolis, el ágora, el Cerámico. Esparta no era casi nada. Atenas era el futuro centro político y administrativo. Esparta seguía siendo un ideal. Las décadas siguientes sancionaron la derrota del sueño de Otón. El desarrollo urbanístico de Atenas llevó la ciudad de los diez mil habitantes de los años treinta del siglo XIX a los cinco millones de hoy en día. Esparta se ha mantenido como una pequeña realidad de quince mil habitantes, cuyas calles, según la señalización de nuestros tiempos, parecen llevar siempre hacia el Museo del Olivo y del Aceite de Oliva. Grandes hoteles en la principal artería, la avenida Paleológou. Y poco más, para visitas escolares y viajes organizados. Hasta el punto de que en la actualidad nadie, al oír hablar de la ciudad laconia, siente el deseo de visitarla. Con lo que comete un error colosal.

Bajad a Esparta, a pesar de todo. No os dejéis convencer por la retórica que la describe como una ciudad perdida. No os creáis a quien insiste en deciros que se trata solo de una escala turística perfecta para quien desea visitar Mistrá, la maravillosa ciudad fundada por los franceses a mediados del siglo XIII, con sus monasterios, sus frescos, los caminos empedrados que dibujan subidas y bajadas por las pendientes de la montaña. No hagáis caso a

quien os habla de un mundo irrepetible del que quedan escasos e insignificantes testimonios, ideales solo para la ignorancia del turismo de masas. Y es verdad, en parte. Lo cierto es que tendréis que superar numerosos obstáculos para descubrir el alma de Esparta. Tendréis que soportar las hordas de fotógrafos improvisados frente a la estatua moderna de Leónidas, recuerdo glorioso de los Trescientos que defendieron las Termópilas del avance persa en 480. Tendréis que aceptar que lo que queda de la ciudad antigua es realmente poco, si bien este poco está diseminado entre malezas, arbustos, zarzas, una naturaleza lozana sombría y solemne aunque resplandezca el sol: retazos de un teatro helenístico frente a la maravilla del poderoso Taigeto, que separa el valle de Esparta del mar de Kalamata; piedras esparcidas que recuerdan a edificios sagrados no muy bien identificados; y por la parte del río, entre campamentos gitanos, también los restos del santuario de Artemisa Ortia, donde el carácter de los jóvenes se medía con pruebas que mostraban su abnegación. Tendréis que sufrir para descubrir el alma de Esparta. Tal vez podréis dejaros conquistar por la arquitectura moderna, por el sueño de Otón y por las intuiciones del urbanista bávaro Stauffert, que diseñó las calles ajedrezadas imaginando una ciudad de cien mil habitantes. Vagaréis entre palacetes neoclásicos notables como el bello ayuntamiento diseñado por Katsarós y oscurecido por un despiadado letrado de neón y por un bar privado que increíblemente ocupa la planta baja –perfecto declive de una Grecia devastada por el ultimátum del norte de Europa: privatización o muerte. Mientras avanzáis a duras penas por este limbo de sueños nunca culminados y abandono, carencia y pérdida, mientras gozáis del museo repleto de piezas interesantes amontonadas en vitrinas polvorientas y antiguas pero muy cálidas respecto a la belleza neutra de los museos del nuevo mundo, mientras os paseáis cada vez más expectantes, descubriréis algo inolvidable.

En primer lugar que Esparta está ahí, está en el mismo sitio de siempre, una banalidad aparente hasta que uno se da cuenta de que la posición de la ciudad lo explica todo ya por sí sola. El

Taigeto se alza imperioso sobre el trasfondo occidental. El Parnonas, un poco más bajo, cierra la ciudad por el este. El río Eurotas atraviesa la llanura fértil y, mirando a nuestro alrededor, solo tenemos la impresión de que Esparta ha permanecido siempre «cóncava, hundida en un valle», como la definían los aedos homéricos. Fortaleza inexpugnable por naturaleza. No hacía falta ningún recinto amurallado. Pero, mientras los versos homéricos os resuenan en la cabeza, os dais cuenta de repente de que la Esparta que siempre hemos perseguido todos es en todo momento y únicamente la enemiga de Atenas y no la ciudad que creció muchos siglos antes. Como si estuviéramos constreñidos por un paradigma en el que hemos crecido desde la infancia: buscar la ciudad que fue el ejemplo de un modelo político opuesto a Atenas. Sin embargo, Esparta tiene una historia milenaria y, justo mientras consideramos su posición como la cantaban los aedos homéricos, no podemos dejar de mirar hacia mucho antes de aquel siglo v en el que la democracia triunfó y la guerra del Peloponeso resultó inevitable. Descubrimos, en resumidas cuentas, que hay otra ciudad a cuya búsqueda podemos ir, no la que siempre tenemos en la mirada, entre la potencia militar exaltada por el rigor y la abnegación y la cultura política fundamentalmente oligárquica, la economía basada en la tierra y no en el comercio, las artes basadas en el empeño del vigor espiritual y en la difícil construcción de una fe personal. Basta con mirar más allá de esta idea tan embarazosa para sumergirse en las historias que se confunden con el mito y sentir latir la sangre de una historia quizá aún más potente y completamente olvidada. Basta con elegir el camino más largo, aquel que Platón, gran admirador de Esparta, elogió siempre como el único que lleva a la verdad. Y entonces evitad cualquier atracción. Evitad el Museo del Olivo. Evitad cualquier reclamo fácil. Salid de la ciudad moderna en dirección este por la calle dedicada a Licurgo y atravesad las callejuelas periféricas. No os detengáis en los locales sublimes donde se cocinan cabritos acompañados de alcachofas silvestres o hierbas del campo. Ya habrá tiempo en la vuelta. Dirigíos hacia el río, cruzad a la otra

orilla, avanzad en dirección a los campos que rodean caseríos esparcidos aquí y allá y en todo caso preguntad por la iglesia de Zoodóchos Pigí o por la del Profeta Elías. En la carretera que corre paralela al río Eurotas, a unos cuantos kilómetros del centro de Esparta, a una media horita de camino, podréis entrar en otro tiempo, el tiempo en el que Menelao reinó en la ciudad, al casarse –muy envidiado por todos los hombres– con la mujer más bella de su época, la reina de Esparta, la hija del amado rey Tindáreo: Helena de Esparta. No Helena de Troya, como la tradición quiso que se la recordara. Entonces descubriréis la grandeza de otra Esparta. La ciudad del amor.

El santuario del amor infinito

Los antiguos llamaban a esta ciudad *Terapne*. Algún vecino de los alrededores todavía reconoce el nombre. Un cartel torcido señala la pista de tierra que sube desde la nacional por un montículo aparentemente anónimo. En él está escrito MENELAION. Subid. No miréis atrás. No tengáis miedo. Confiad en el reclamo de los tiempos más antiguos, los que fueron dominados por la vecina Micenas, donde reinaba el hermano de Menelao, Agamenón. Mientras camináis siguiendo las curvas e imaginando que tal vez no habrá nada en la cima del montículo, no perdáis la fe. Nada os advierte de la experiencia estética que estáis a punto de vivir. De hecho, en Grecia las auténticas experiencias estéticas no constituyen nunca la conclusión de un recorrido señalizado. La sorpresa se mezcla así con la maravilla y nos empuja a hacernos preguntas que abran nuevos horizontes. Eso os ocurrirá en la cima de esa colina de la que me limito a deciros que, según la tradición, albergó la tumba de la reina y del rey de Esparta, Helena y Menelao; luego se convirtió en un lugar sagrado y como tal se conservó a lo largo de los siglos. El reciente hallazgo arqueológico de un palacio micénico nos hace soñar con que tal vez estuviera aquí el glorioso palacio real, o sea la residencia en la que entró lleno de temor

y reverencia Telémaco, hijo de Odiseo, en su obsesiva búsqueda del padre, acompañado de Pisístrato, hijo del viejo y sabio Néstor, rey de Pilos. La *Odisea* nos lo cuenta todo detalladamente. Había atracado justo allí, Telémaco, en el extremo sur del Peloponeso occidental donde todavía hoy está Pilos, con las ruinas del palacio de Néstor. La navegación debía haber sido breve. Había zarpado de Ítaca siguiendo las «sendas de mar», sin tan siquiera advertir a su madre Penélope. Le había vencido la necesidad divina de encontrar a un padre que no había conocido. En Pilos, el viejo sabio le había señalado el camino para acceder al último auténtico héroe que podría contarle algo. Pero no había querido dejar que fuera solo y había mandado a su hijo Pisístrato a que le acompañara. Una vez uncidos al carro los veloces caballos, la despensera había traído provisiones de pan y vino, y el «hermoso carruaje» había partido. Todo el día recorrieron los caballos la llanura del sur del Peloponeso. La noche cogió a los dos jóvenes en Feras (actual Kalamata) y al día siguiente, a primera hora de la mañana, reemprendieron el viaje y el «carro pintado» subió a la cumbre del Taigeto y descendió a la llanura de Esparta. Entonces se les invitó al palacio real, a Telémaco y Pisístrato. Se les ofreció comida y bebida, y nadie les preguntó nada –ni el nombre ni la procedencia– como era costumbre en la acogida de los viajeros. Solo cuando estuvieron saciados, Menelao y Helena quisieron oírles hablar. Entonces sucedió lo que ocurre siempre con las mujeres, que lo conocen todo mejor. Helena miró a Telémaco y lo reconoció en el instante, percibiendo inmediatamente la semejanza con el padre. Puede que por la ventana entrara la brisa que desciende todavía hoy del Taigeto. La montaña envuelta de misterio la veis alzarse ante vosotros, más allá de las casas ya lejanas de la Esparta moderna que de repente parecen flotar en un vacío de nubes.

Cuando leemos el canto IV de la *Odisea* y escuchamos las palabras que Helena y Menelao dirigen sabiamente a través de la «barrera de los dientes» a Telémaco, mientras vemos el oro de las estancias y sentimos que la presencia de Helena es dominante y la armonía de la casa nos acoge en una especie de tibieza, de repente

tenemos la sensación de encontrarnos en un lugar maravilloso y suspendido en las típicas ficciones de la literatura. Y es que casi nos estamos olvidando de lo que todos, desde niños, solemos creer: que Helena traicionó a Menelao, le abandonó para seguir al hermoso príncipe troyano de nombre Paris, predilecto de Afrodita, la diosa del deseo. Belleza, fuerza, persuasión, seducción. Paris había esperado a que Menelao tuviera la necesidad imperiosa de dejar Esparta para raptar el alma de Helena. La mujer no opuso resistencia. Al contrario, dejó la casa paterna, la ciudad natal, incluso a su hija Hermíone y, al abandonar todo esto, logró desencadenar la peor guerra que pudiera imaginarse. Sin embargo, ahora, mientras vemos a Helena moviéndose al lado de Menelao en una casa que transmite sobre todo la perfección del amor conyugal, de repente nos da la impresión de que todo lo que hemos aprendido desde hace años sobre la traición de Helena ha sido borrado de la realidad. No es verdad aquella historia, tenemos ganas de decir. Helena no subió al barco que la llevaría a Troya, no abandonó a Menelao. Y este no fue presa de la rabia irreprímible del hombre herido de amor y de orgullo, ni sintió el deseo de venganza que embarga a quien le traiciona no solo la mujer sino también el huésped, como Paris, extranjero acogido como manda la antigua institución de la hospitalidad. No, no es verdad aquella historia. O bien no es verdad esta. No es verdad esta imagen de perfección conyugal. O a lo sumo, si ambas historias deben ser ciertas, está en juego algo mágico y humanamente incomprensible. Tal vez aquella droga llamada *nepente* que Helena saca precisamente en las páginas que estamos leyendo, la cual conoció en Egipto y que ahora vierte en el vino mientras Menelao, Telémaco y Pisístrato lloran cada cual su respectiva desesperación, para inducirles a olvidar el pasado, enterrar en el olvido nectáreo los dolores invencibles. Tal vez sea el *nepente*. Quizá Helena lo ha usado con Menelao empujándolo así a sosegar el rencor y a ahogar el deseo de venganza en el olvido.

Pero nosotros nos encontramos ahora aquí, en Terapne. En la que fue la residencia del amor recompuesto, la tumba del amor

sin fin. Así, mientras deambulamos entre las ruinas cercadas por pinos y por una gran mata de lentisco y miramos a nuestro alrededor, podemos imaginar todavía otra solución al enigma que nos tortura. Es inútil negar el pasado. Es inútil soñar con que una droga pudiera resolver de manera mágica cualquier drama. Fueron verdaderos ambos relatos, tanto el de la traición como el de la reconciliación. Y nada pudo hacer el nepente. La magia fue otra. Algo humanamente comprensible, a condición de que lo humano no busque atajos. O sea, la magia de Eros, la divinidad más poderosa que los griegos supieron imaginar. La magia del amor que se recompone y que, al hacer esto tras la peor traición, se convierte en amor inmortal, infinito, completo.

Las historias que se cuentan sobre estos parajes, por otra parte, no dejan lugar a dudas. Después de que Helena y Menelao murieran aquí de viejos, de muerte natural, quizá con pocos días de diferencia entre uno y otra, como sucede a veces en las parejas que se han unido en una vida de pasiones y reconocimiento recíproco, después de que se erigiera su tumba como una especie de mausoleo, empezó a extenderse la idea de que, aquí, este lugar elevado podía contar de un modo ejemplar y para siempre el amor sin fin. Tal vez alguna extraña coincidencia alimentó las habladurías. El caso es que, durante los siglos posteriores, la Esparta de Terapne se transformó en un lugar mítico a todos los efectos, lugar de celebración, recuerdo, pesar y fe inquebrantable. Muchas historias se transmitieron en el santuario del amor. Una de ellas nos la ha contado con todo detalle Heródoto, el último en mezclar verdad y ficción antes de que Tucídides impusiera los cánones de la historiografía moderna.

Es la historia de un complejo choque de poderes que no nos interesaría si no fuera porque en el centro del desafío se encontraba finalmente una joven muchacha cuyo nombre ignoramos pero de quien sabemos que, recién nacida, apareció ante todo el mundo bajo un aspecto de absoluta fealdad. Para los padres acomodados de la niña el problema no era menor, pero no lo afrontaron, como sí hizo en cambio la nodriza llevando cada día a la pequeña

al santuario de Helena y Menelao para rogar que la fealdad se alejara. «Y entonces, un día, mientras la nodriza salía del santuario, se dice que apareció una mujer que le preguntó qué llevaba en brazos y ella respondió que a una niña. Se dice que le pidió que se la enseñara y ella respondió que no, puesto que los padres le habían ordenado que no la mostrara a nadie. Pero la otra insistía. Entonces, dándose cuenta de que la mujer tenía mucho interés en verla, se dice que al final la nodriza enseñó a la pequeña, y aquella, tras tocar la cabeza de la niña, dijo que se convertiría en la más bella de todas las mujeres de Esparta. A partir de aquel día cambió de aspecto. Al llegar a la edad de contraer matrimonio, se casó con Ageto, hijo de Alcides, que era el amigo de Aristón». El centro de la leyenda transmitida hasta Heródoto es la belleza de la muchacha mágicamente acogida por la divina Helena. Quien intenta explicarnos el motivo racional que se esconde detrás de la leyenda habla de la maduración de una muchacha, habla de la belleza que se desarrolla y transforma la aparente fealdad de las formas de la infancia, habla del toque a la joven, lo que los griegos llamaban *kháris*, algo que nosotros, perdiendo su intangible potencia, traducimos por «gracia»: una especie de plenitud que solo la madurez y la autenticidad dan a los seres humanos. La explicación racional tiene que ver, pues, con la búsqueda inagotable que protagoniza la nodriza con sus obstinadas y tenaces visitas al santuario. Pero, dejando de lado el relato y las posibles lecturas que suscita, lo que nos impresiona hoy es un hecho sobre el cual es inútil investigar más. A Terapne, al santuario de Menelao y Helena, se iba a buscar belleza para convertirse en una esposa envidiable, para obtener la posibilidad de un amor maduro e infinito como el de Helena y Menelao. Tanto es así que, ahora, mientras nos damos cuenta de que Esparta, incluso antes de ser la antagonista de Atenas, fue en todo caso la ciudad del amor, nos planteamos inevitablemente la pregunta más urgente: ¿qué sucedió entre Helena y Menelao para que esta célebre pareja pudiera convertirse en el paradigma del amor infinito? Pero se trata de una cuestión compleja. Es inútil intentar responder recurriendo

únicamente a las pasiones y los tormentos que Menelao y Paris albergaron hacia Helena o que ella sintió hacia ambos hombres. Hay que retroceder. Hasta el principio. Empezar el camino más largo de la filosofía. Aquel camino platónico que no nos consiente atajo alguno y no nos permite separar los caminos del pensamiento de aquellos por donde nos llevan nuestras piernas. El camino más largo de quien ama el saber y por eso no deja de remontarse a los orígenes.